

LA ÓPERA DE CARTÓN

CUENTO DE
SOUAD HADJ-ALI MOUHOU

La plaza de Ópera es uno de los lugares que siempre incluyo en los paseos que doy con mis amigos cuando llegan por primera vez a Madrid. Esta plaza es la de Isabel II, pero entre el nombre de esta dama y el de la estación de metro que en ella desemboca, me quedo con el segundo y creo que somos muchos los que preferimos referirnos a Ópera cuando nos citamos para salir.

La plaza es pequeña y muy sencilla, pero la ventaja que tiene es que está rodeada de cafeterías y restaurantes y se asoman a ella dos grandes teatros: el Teatro Cine Real y la fachada trasera del Teatro Real. La entrada principal del Teatro Real, que da a la plaza de Oriente y mira hacia el Palacio Real es elegante; alberga en sus laterales algunas terrazas de cafeterías pensadas para el encuentro y la conversación y abre camino a las múltiples estatuas de personajes históricos dispuestos en dos filas en los jardines de la Plaza de Oriente. Mientras que su entrada trasera es más bien sobria y hasta sosa con sus combinados de grises: los de las anchas piedras planas de sus altos muros que parecen cajas de cartón apiladas las unas sobre las otras, y los de la armazón férrea de sus puertas y ventanales. Menos mal que los que cuidan del teatro han decorado las vidrieras con fotos que reproducen su interior en tamaño natural¹, suntuoso y cálido con sus butacas tapizadas de terciopelo color granate formando unos semicírculos abiertos. Las butacas parecen mirar hacia la plaza de Isabel II, o sea hacia la plaza de Ópera, e invitar a los transeúntes a sentarse para descansar un rato o presenciar una de las múltiples actuaciones que allí se representan. Bella ilusión de la vista. Pues, este decorado que atenúa un tanto el aspecto austero del edificio incita a penetrar en sus adentros para dejarse llevar por sus altos pasillos luminosos ornados con lujosas arañas de cristal y por sus majestuosas escaleras de rampas doradas. Cualquiera

1 Era el decorado de las puertas del edificio en 2007 y antes de la rehabilitación de la plaza.

se sentiría como un rey subiendo los peldaños forrados de alfombras oro y grana. Una promesa que no dejan de hacerse muchas de las personas que pasan apresuradamente por este lugar y van corriendo a perderse bajo tierra para coger el tren que les lleva a sus quehaceres cotidianos. Una vez en el metro, dan rienda suelta a su imaginación y esta convierte los duros asientos en confortables sillones y el estrépito de los raíles y de los cables eléctricos en una sinfonía.

La plaza nunca se queda vacía. En su reducido espacio tiene metro y tres paradas de autobús que reciben incluso al “búho” que circula de noche. Un vaivén interminable: continuo movimiento de personas que se rebaja por momentos pero que nunca se detiene. Los bancos públicos de la plaza ofrecen alguna que otra tregua a los que pasan por allí cuando algunos de sus ocupantes permanentes lo permiten. Estos son imágenes estáticas en el hormigueo constante de la plaza, como manchas incrustadas o piedras en un río fluyente. Se desplazan a veces por la fuerza del flujo, pero el reflujó las devuelve a su sitio y allí se quedan, tanto bajo el sol como bajo la lluvia. Se cubren con papel o plástico, convencidos de que no les afectan ni los rayos ni el agua, y permanecen en la plaza, en su plaza, dueños del tiempo y del espacio, formando grupos. Callados, hundidos en sus pensamientos, o interrumpiendo repentinamente su silencio con gritos y frases apenas comprensibles, todos a la vez como picados por algún gusano que desenfrena su algarabía y su gesto. Luego, poco a poco, se apaga su furia y vuelven a su ensimismamiento. Las caras surcadas de algunos de ellos se entristecen por no se sabe qué malos recuerdos, las de otros expresan éxtasis por no se sabe qué poción ingerida o qué humos tragados, mientras que las de otros permanecen impasibles, ninguna expresión se plasma en ellas. Indiferentes al paso de las horas, impermeables a la vida. Ciegos que no ven el movimiento a su alrededor y que no se dejan alterar por él.

Altanero, el Teatro Real acoge ceremonioso a sus visitantes. Abre sus pórticos delanteros a los más selectos, a los altamente refinados envueltos en seda y alpaca. Sus caras rebosantes de alegría expresan todos los matices de la felicidad. Se saludan, se abrazan; sonríen, ríen contentos de volver a encontrarse, ansiosos de admirar a su soprano favorita, de volver a disfrutar de una ópera que ya habían escuchado en París o Viena, o a

descubrir las vibraciones vocálicas de tal o cual coro polifónico madrileño, berlinés o genovés. Felices de vivir y de formar parte de esta elite sin la cual, tal vez, no existiera este teatro de Ópera. Las demás puertas se abren al público aficionado que se permite de vez en cuando alguna delicia que recordará con infinito placer y ansiará volver a repetir.

Los ocupantes de la plaza no quieren saber qué ocurre en el teatro. Los más alborotados del grupo forman un coro cogidos del brazo y tararean a gritos, excitados por los alcoholes absorbidos, las coplas que cantaban cuando niños o alguna canción popular. Los más sobrios enmudecen absortos por el sonido del violonchelo que les llega de una de las esquinas de la plaza, obra de aquel músico de Polonia o Hungría que soñaba con tocar alguna vez en el Teatro Real y se contenta con dedicarle desde fuera una sonata. También se dejan mecer por la flauta inca o por el aire del arpa que les llega de Arenal o Arrieta. Músicos no faltan en las calles de Madrid; ellos lo saben muy bien, por eso no se molestan en hacer cola en las taquillas del Teatro Real.

Cuando se acerca la noche, en los días fríos de invierno, prefieren hacer cola delante de la entrada de la cocina del hermoso restaurante cubierto de azulejos variopintos que recuerdan su origen castizo, porque allí el ayudante de cocina les reparte platos repletos de sopa humeante. Sopa donde nadan garbanzos con repollo y zanahoria, restos del cocido de mediodía. Vuelven a sus bancos con su trofeo; entonces, hasta los más callados lanzan un desahogado suspiro al aire y esbozan una sonrisa, la primera, tal vez la única del día. Entrados en calor se disponen, por fin, a prepararse para dormir.

Los que ya tienen cama, parecen confiados y siguen charlando y saboreando sus penúltimos tragos de vino tinto o de aguardiente y los porros que se habían guardado celosamente en algún bolsillo recóndito de su ropa para que ninguno de sus compañeros se percatara de ello y se los robara. Los que no la tienen porque son recién llegados a la plaza o porque son unos despreocupados, se precipitan hacia las tiendas que acaban de echar el cierre. Sus dueños han sacado todas las cajas de cartón que tenían en su almacén, las cajas de los pedidos. Las han colocado entre los cubos de la basura para que las recojan los camiones de la limpieza. Los más listos cogen los mejores cartones y los despistados se tropiezan,

se enfadan, discuten, se pelean por el mismo cartón sin darse cuenta de que al lado hay otras cajas amontonadas; vociferan, se insultan y algunos acaban cediendo sin saber muy bien dónde van a dormir.

Se produce un terremoto y las piedras del río se remueven, saltan unas encima de otras en un formidable movimiento que despeja la plaza. Como ratas, los ocupantes de los bancos corren hacia los portales traseros del teatro y construyen con una agilidad asombrosa sus albergues, sus casas nocturnas. En un tiempo mágico tapan las vidrieras con sus cajas de cartón y se acurrucan en las confortables butacas. El tacto con el terciopelo púrpura les da calor. Momentos de éxtasis real. Están dentro del teatro que les ofrece su lujo, su luz, su música. Se pasean por sus esplendorosos pasillos y suben los peldaños tapizados de oro. Son los espectadores selectos. Son reyes inquilinos de la noche que se entregan al sueño inmersos en una ópera de cartón.

Madrid, 24 de noviembre de 2007